

EL MERIDIANO

Miguel Gay Vitoria

Las raíces del papel

Soy de quienes valoran mucho más el papel que las tecnologías. No tengo libro electrónico, porque renuncio a la comodidad y prefiero sostener las páginas y sentir las y verlas discurrir conforme devoro sus letras. No niego que me dejó seducir por la inmediatez del correo electrónico; y aun así, en mi casa aciertan siempre cuando resuelven mis celebraciones con elegantes cuadernos y más o menos sofisticados bolígrafos, e incluso alguna pluma.

Pero en donde con más intensidad conformo mi preferencia por la tinta y las hojas es en la lectura diaria de mi periódico. He defendido siempre que disfruto de un muy pequeño puñado de placeres mayores que el de entremezclar el olor de un café con el del color y las páginas de mi HERALDO. El sonido del discurrir de las noticias conforme avanzan las hojas se envuelve con la gozosa sensación de sentirme pionero —que no siempre logro ante el empuje de mis herederos— en el disfrute de mi ejemplar. Y

así los sentidos, jalonados también con una deslavazada conversación mañanera, se hacen tacos de salida en la carrera de una nueva jornada.

Mi periódico brinda notoriedad a lo que lo merece y la perspectiva que solicito. Es una degustación de lo relevante que garantiza el disfrute, frente al empacho de muchas modernas tecnologías empeñadas en ofrecerte un embudo por el que se cuelan, al mismo nivel, la trascendencia y la indiferencia. El cuerpo de los titulares y las columnas me dibujan la realidad escalonada, conforme al criterio al que aspiro y al tiempo de que dispongo; que me permite disfrutar del placer de una firma o esa lectura en diagonal a la que a veces nos obliga el ritmo del sinvivir. Es la garantía de encontrar lo que busco y distinguir lo que me interesa; y un espaldarazo para desenvolver los empeños del día.

Cimientos que contribuyen a ponerle raíces a la inquietud de conocer; que va mucho más allá de un aluvión de aportaciones intrascendentes.

EL FOCO

Magdalena Lasala

El no consentimiento

Es la piedra angular sobre la que bascula la urgencia de regular la ley contra violaciones y abusos sexuales contra mujeres: el no consentimiento. ¿Hay que redefinir lo que significa consentir? La agresión sexual es un atentado contra la libertad sexual de otra persona, que es la facultad de disponer del propio cuerpo y el ejercicio libre de la sexualidad. Agresión es ir en contra de la voluntad de alguien con violencia o intimidación, y añadimos: cuando no hay consentimiento en todos los modos que hay de no consentir.

¿Qué hay que explicar para entender lo que es no consentir? Cualquier clase de empleo de fuerza, intimidación o violencia para abordar sexualmente a alguien es una violación. Si un hombre fuese violado sexualmente por cinco hombres, ¿se le preguntaría si opuso la debida resistencia?, ¿o si gritó lo bastante para que alguien le socorriera?, ¿se le cuestionaría si dijera que presa del terror y del miedo a morir se sometió a las vejaciones que los cinco violadores quisieran hacerle?, ¿se le exigiría que demostrase si forcejeó intentando soltarse de los que le agarraban por los brazos o por detrás? Atracándote cinco personas, si no te resistes y les das el reloj y la cartera para que no te apaleen o te rajen, ¿eso no es robo?

El caso de la violación múltiple de la Manada es tan terrible que ha traspasado fronteras y está obligando a un replanteamiento urgente de las leyes que deben proteger a la mujer, pero el problema es que las violaciones en grupo se multiplican y ese no es un caso aislado, igual que crecen los casos de mujeres que son drogadas y, presas inconscientes, son sometidas a los abusos que quieren cometer con ellas. ¿Qué está pasando?

Sí, hay que reformar leyes y hay que exigir castigos ejemplares, pero además debemos exigir que los casos de violaciones, abusos sexuales y agresiones contra mujeres sean juzgados por un tribunal popular; hay que endurecer penas contra estos delitos y exigir que se cumplan en su totalidad. No se entiende que, con penas tan bajas puestas en algunos casos juzgados, haya además que tolerar que algunos de estos violadores puedan favorecerse de reducciones de penas o incluso algún indulto. Sí, existe alarma social y sobre todo entre las mujeres. ¿Hay que jugarse la vida y que te maten para poder demostrar ante un tribunal que no se dio consentimiento para una violación?

LA TRIBUNA | Rogelio Altisent Trota

Medicina y homeopatía

Los supuestos efectos de la homeopatía carecen de base científica. La respuesta social a las llamadas medicinas alternativas tiene que ser muy restrictiva

A lo largo de la historia de la medicina, y hasta la consolidación del método científico, ha sido frecuente la utilización de terapias que se apoyaban tan solo en la autoridad de quienes ejercían la sanación. Se recomendaban cosas que ahora nos dejan estupefactos: trepanaciones craneales, polvo de momia, enemas de lo más variado, sustancias variopintas y una larga lista de remedios, que se fueron abandonando después de hacer muchos destrozos. ¡Qué razón tenía Hipócrates con el 'primum non nocere': lo primero, no hacer daño!

Con el advenimiento de la moderna medicina los procedimientos terapéuticos se someten a pruebas rigurosas que intentan demostrar un balance positivo entre el beneficio y el riesgo, depurando tres fenómenos de los que en mi opinión se nutren los supuestos éxitos de la homeopatía: el efecto placebo, la regresión a la media y las curaciones espontáneas. El efecto placebo está relacionado con el poder de sugestión del acto terapéutico, que se asocia a componentes psicológicos donde influye mucho la confianza de la relación médico-paciente, algo que las medicinas alternativas cultivan muy bien, y que la medicina científica está descuidando, sobre todo a raíz de la escasez de tiempo en las consultas. El efecto de regresión a la media significa que la evolución en brotes de algunos problemas de salud hace que haya periodos de mejoría natural, que si coinciden con un procedi-

miento terapéutico se le pueda atribuir un efecto que no es real; lo cual, dicho sea de paso, también puede darse en el ejercicio de la medicina convencional. En tercer lugar, tenemos los llamados procesos autolimitados, que se resuelven espontáneamente tras un breve periodo de tiempo, de manera que su curación podría atribuirse equivocadamente a un remedio aplicado de modo coincidente. Esto puede ocurrir, por ejemplo, con algunas infecciones víricas benignas, como los catarros, o con algunos síntomas psicósomáticos.

Una característica que juega a favor de la homeopatía es su baja toxicidad, algo muy valorado por algunos pacientes que temen o han sufrido malas experiencias de efectos secundarios por tratamientos médicos, lo cual es una seria preocupación de la moderna medicina, donde debemos hacer un ejercicio de prudencia, cuidando especialmente la información al paciente.

Dicho lo anterior, pienso que la respuesta social a las medicinas alternativas debe ser muy restrictiva. Recordemos que el Código de Deontología Médica establece en el artículo 26: «El médico debe emplear preferentemente procedimientos y prescribir fármacos

«Hay tristes experiencias de demoras en posibles tratamientos eficaces por falsas expectativas de supuestas terapias»

cuya eficacia se haya demostrado científicamente. No son éticas las prácticas inspiradas en el charlatanismo, las carentes de base científica y que prometen a los enfermos la curación, los procedimientos ilusorios o insuficientemente probados que se proponen como eficaces, la simulación de tratamientos médicos o intervenciones quirúrgicas y el uso de productos de composición no conocida».

Considero que las prohibiciones y las sanciones legales, en un terreno que a veces es de difícil acotación, pueden tener efectos colaterales indeseados y se deben manejar con precaución. Se ha dicho que el Derecho escribe con trazo grueso; y en medicina necesitamos dibujar sobre todo con el trazo fino de la ética.

Pero sí debemos dejar claro que las medicinas alternativas, y entre ellas la homeopatía, no pueden disfrazar el consentimiento informado. Tenemos tristes experiencias de negligencias y demoras en posibles tratamientos eficaces por falsas expectativas generadas sin fundamento por supuestas terapias sin una base probada. Es decir, el paciente debe recibir la adecuada y veraz información de lo que puede esperar del tratamiento que se le ofrece, y esta información debe tener un apoyo científico. Pienso que, en este aspecto, la homeopatía no lo tiene fácil.

Rogelio Altisent Trota es director de Proyectos Académicos de la Cátedra de Profesionalismo y Ética Clínica de la Universidad de Zaragoza

DÍA A DÍA | José Luis Mateos

Putin, el imperio contraataca

Hay que ver el amigo Vladimir cómo las gasta en aras a aparecer ante el mundo como toda una divinidad. Pompa y circunstancia. Oro, miras por donde mirases en los salones del Kremlin durante su proclamación, que ya empieza a ser habitual. Lleno absoluto. Las imágenes hacían algo más que sugerir el ambiente de la época zarista. Pareciera que en cualquier momento pudiera aparecer por ahí Nicolás II Romanov. Solamente cambiaban los trajes, y solo algunos. Se echaban de menos los brillantes uniformes decimonónicos para bailar el vals. Pero es que en verdad es el nuevo zar. Poder absoluto. Y pretende incrementar ese poder.

Y para aumentar un poder se necesita un ejército más que fuerte y que posea fuerza disua-

soria. Enseñar las plumas y tocar los tambores para que el otro no se atreva a combatir. Los nazis sabían bien de todo esto. Y sus escenificaciones —todo un mar de cruces gamadas marcando el paso de la oca— eran impresionantes. Todos los regímenes totalitarios han seguido el modelo. Los comunistas, también. Véase a los norcoreanos, sin ir más lejos. O a los cubanos en la plaza de la Revolución de La Habana.

En esta atribulada Rusia, después de los fastos zaristas, vinieron los nuevos fastos soviéticos en la plaza Roja de Moscú. Con esa tribuna donde los jefes iban cambiando poco a poco al transcurrir de los años; normalmente, salvo al final, demasiado poco a poco. Lenin, Stalin, Jrushchov, Brézhnev, Andrópov,

Chernenko y un Gorbachov (ya descafeinado y lleno de buenas intenciones) presidían todos los años el desfile de sus fuerzas armadas. Putin no ha retirado esa afición por jugar a los soldaditos y ahora nos obsequia con una demostración de fuerza al mejor estilo soviético. ¡Caray, si cada vez hacen mejor el paso de la oca! Y las fuerzas acorazadas y los misiles de última generación. Asustan.

El imperio zarista, el imperio soviético, y ahora el imperio de Vladimir Putin. No en vano, a pesar de este teórico nuevo capitalismo —los extremos se tocan— las maneras del líder no desmienten al jefe de la KGB que fue en los tiempos comunistas. El imperio ruso ha resucitado, y muestra su presencia sobre el tablero internacional de forma determinante.